

¡Y qué dolor tremendo la posibilidad de que la mujer nunca llegue, de que todo se quede en un aire o en un ímpetu que nunca llegará al salto! Crespo lo intuye en versos lamentadores:

Pero yo estoy aquí traspasado de hastío
con corcho por los labios y hormigas por los huesos,
pensando que tú eres algo que no conozco
que a lo mejor no viene a verme cuando quiera.

Esto, confesémoslo, es casi romanticismo. Pero el ser de Angel Crespo no se deja engañar, su seguridad vital le contiene y aparecen versos serenísimos:

Pero no, no es temible igual que piensan otros:
sabemos que es así y no puede cambiarse.

Junto a esta mujer lejana intuída por el más hondo temblor cósmico de las entrañas del poeta, existe otra mujer real, tangible, próxima, que Crespo ha conocido siempre. Crespo la moteja, la escupe, la niega y más aun, la huye:

Mira que te persigue
y te sigue y te alcanza!

Duda incluso de su misma esencia amorosa:

Mas en tu sed que late ¿son fingidos
los delirios que el viento ya barrunta
o están por el amor reverdecidos?

Todo "Loco de atar" queda impregnado de esta despreciabilidad de la mujer presente como también de la maravilla blanca de la mujer soñada; solo un momento—"Madrigal"—parecen fundirse:

Eres como una virgen
en un mundo de arañas

dice el poeta a una fémina asombrada, en un máximo esfuerzo de galante admiración.

No digo más. "Loco de atar" en su poesía intrincada, queda intacto. He inquirido de él su esencia, su generalidad, la estructura intelectual imprescindible para verlo, y ahora lo dejo, lejanísimo, plerórico, a sí mismo entregado,

como un vino
que fuera a hacer pedazos su tinaja.

(Alcaide Sánchez.)

Pero antes quisiera lamentar su secreto, su reconditez. El pide aire a gritos en un libro para nosotros, los jóvenes, para nuestras entrañas encendidas. Desearíamos, pues, una próxima aparición de ese loco apasionante en la gloria de estos días de primavera en que el corazón se hace tan fosforescente como una estrella de Dios.